

EL POLÍTICO COMO PSEUDO-FILÓSOFO

UTE SCHMIDT OSMANCIK

*Instituto de Investigaciones Filológicas
Universidad Nacional Autónoma de México.*

Quisiera señalar que esta ponencia se basa en un trabajo mío previo y tiene más bien carácter de ensayo filosófico.

En su diálogo *Gorgias*, Platón deja claro que el político – que debería ser un filósofo con todo lo que ello implica – no es más que la triste caricatura de un filósofo. Antes de entrar *en medias res* quiero advertir que doy por sabido el contenido de la obra.

¿Qué entiende Platón por “política”? No entiende “conjunto de conocimientos acerca de cómo de hecho se gobierna”, sino “conjunto de conocimientos acerca de cómo se *debería* gobernar”. Por ello, la noción de “político”, en el sentido de “gobernante”, es, la mayoría de las veces, normativa en el pensamiento platónico. Esto es, más que describir cómo es el gobernante real, común y corriente, Platón se afana en exponer cómo debería ser un gobernante perfecto. Este fenómeno se observa con especial claridad en el *Gorgias*, en la *República*, en el *Político* y en las *Leyes*. En esta ocasión, como ya dije, me voy a referir al *Gorgias*, primera obra platónica que abunda en una temática política a la vez que en otros temas, particularmente en el de una “Weltanschauung” en el sentido de que da lineamientos acerca de cómo se debe vivir moralmente, para así cumplir con el fin de la vida humana, que, en última instancia, es, según Platón, el de la salvación y bienaventuranza del alma.

En muchos aspectos el *Gorgias* es un paso que conduce a la *República*, obra en la que se elabora detalladamente cómo debería ser y qué debería hacer el político perfecto, el filósofo-rey, que es presentado como una especie de “déspota ilustrado”. El *Gorgias* compara el gobernante real, como de hecho es, con el político bueno, genuino, como debería ser. Están entrelazadas la crítica

del gobernante real con la construcción de un gobernante ideal. Este último debería tener las características que harían de él un filósofo.

Para tal comparación es imprescindible manejar la noción de *tékhnē*, “arte”, con la cual Platón opera ampliamente en el *Gorgias* e que resulta ser el pilar sobre el cual giran las nociones del estadista bueno y del malo. Necesito el concepto de “arte” para poder responder a estas dos preguntas: ¿cómo es el político en realidad? y ¿cómo debería ser el político? La segunda pregunta, la formula el propio Calicles al decir “... quiero saber de qué modo (...) se debe llevar la política entre nosotros”.¹

Ahora bien, cualquier arte tiene una serie de características; dada la noción de *tékhnē* en Platón es normativa, debe tener según el *Gorgias*, una serie de características:

- (1) se debe basar en conocimientos (*epistémē*) y operar con ellos; sin conocimiento no hay arte²;
- (2) debe poder saber justificar sus procedimientos; en otras palabras, debe ser capaz de *lógon (...) dounai*³;
- (3) debe tener un campo específico al que se refiere⁴;
- (4) debe tener determinada meta⁵;
- (5) debe ser aprendible y enseñable mediante maestros⁶;
- (6) debe ser infalible.⁷

La persona que ejecuta un arte es llamada de distintas maneras: *teknikós*, *demiourgós*, *epistémon*. Podemos traducir estas palabras como “técnico”, “maestro”, “conocedor”; en todo caso es importante tener presente que se trata de un experto o especialista que – y esto es decisivo – de ninguna manera es un lego. Dicho ejecutante debe, pues, acorde a los puntos arriba mencionados, cumplir con las características de toda *tékhnē*, esto es, debe tener conocimientos del arte que maneja; esto implica algo que es obvio, pero quiero hacer hincapié en ello, puesto que más adelante volveré a este punto: tales conocimientos deben ser verdaderos, pues no hay conocimientos falsos. Luego, un maestro debe saber justificar sus procedimientos; su arte debe tener determinada meta, debe ser aprendible y enseñable, lo que en este caso implica que debe poder

¹ PLATÓN. *Gorgias*, 515b6-8.

² Cf., por ejemplo, PLATÓN. *Gorgias*, 448b.

³ Cf., por ejemplo, PLATÓN. *Gorgias*, 465a.

⁴ Cf. PLATÓN. *Gorgias*, 450b.

⁵ Cf. PLATÓN. *Gorgias*, 464c.

⁶ Cf. PLATÓN. *Gorgias*, 455c y 458e: enseñabilidad; 514a-c: maestros.

⁷ Cf. PLATÓN. *Gorgias*, 516d-e.

mostrar una obra que lo acredite como experto y debe haber tenido buenos maestros. Además, el propietario de una *tékhnē* debe ser infalible: no es posible que se equivoque: si yerra, sólo demuestra que no “tuvo el arte”, que no es un especialista.

Ahora bien, Platón aplica este esquema a la política, pues cree firmemente que existe y debería existir un “arte político” que es comparable, sin más, a otras artes, por ejemplo a las de índole manual cuyo campo de trabajo es moralmente neutral, como lo puede ser la fabricación de un par de zapatos dentro del arte de la zapatería.

Empero, el “arte político”, tal como Platón lo concibe, en modo alguno es un arte moralmente neutral: saber gobernar no es lo mismo que saber hacer un par de zapatos; tampoco es parecido. Parte del saber gobernar es, según nuestro autor, “...ser conocedor de lo justo...”⁸, con lo cual nos encontramos en el campo de los valores morales. Ciertos valores deben ser realizados, a saber la justicia, la moderación, la piedad, la valentía, el autodomínio, y en ello precisamente consiste una buena conducción del estado.

Al creer que la política debe ser un arte, Platón asume que debe tener un campo específico de trabajo, a saber “lo justo y lo injusto (*tà díkaia kai tà ádika*)”⁹, y también cree que el campo de los valores morales es tan cognoscible como que es cognoscible que dos más dos son cuatro. En resumidas cuentas, cree que aquello que *debe ser* es tan cognoscible como aquello que *es*. Platón comete aquí una variante de la falacia naturalista, punto que doy por conocido y en cuya crítica no me voy a detener.

Mediante el modelo de la *tékhnē* y su respectivo ejecutante en materia de política, quiero ahora abordar la comparación que realiza Platón entre el político como se da realmente y el político como debería darse. En el *Gorgias*, el político real hace su aparición en el ropaje del orador y en buena medida es representado por uno de los interlocutores: por Calicles, figura por demás fascinante. En cambio, Sócrates, el filósofo, representa el *verdadero* político, si bien Platón no le dedica muchas líneas en este contexto.

Lo que Platón pide al estadista perfecto, no es poco: vamos a fijarnos en los requisitos que debe cumplir el especialista en el campo de la política. (1) En primer lugar, el gobernante debe basar sus acciones en conocimientos. (2) En segundo lugar, debería saber justificar sus procedimientos. (3) En tercer

⁸ PLATÃO. *Gorgias*, 508c.

⁹ PLATÃO. *Gorgias*, 460a.

lugar, debe tener un campo específico al que se refieren sus conocimientos. (4) En cuarto lugar, su arte debería tener determinada meta. (5) En quinto lugar, su *tékhnē* debe ser aprendible y enseñable mediante maestros y él debe ser capaz de mostrar una muestra bien lograda de su aprendizaje. (6) En sexto y último lugar, debe ser infalible en su campo.

Ahora bien, viendo punto por punto: (1) y (3) al mismo tiempo por su interconexión: ¿cuáles serían los conocimientos – por cierto verdaderos – del gobernante auténtico? Es, en términos generales, el conocimiento de los valores morales y en especial, en esta obra, el de la justicia y de la moderación. El estadista debe saber lo que es justo e injusto, moderado e inmoderado, porque estos valores son precisamente el campo específico de la política. (2) El punto acerca de cómo justificar racionalmente sus procedimientos se verá más tarde. (4) El arte político debería tener meta, que consiste en dirigirse “hacia lo mejor (*pròs tò béltiston*)”.¹⁰ Ello significa en nuestro caso concreto que el gobernante debe hacer moralmente mejores a los ciudadanos, educarlos en las virtudes ya mencionadas. El político, además, debe ser justo él mismo, como se desprende de la conversación que al principio del diálogo Sócrates sostiene con Gorgias. El punto (5), la aprendibilidad y enseñabilidad del arte político se refiere no sólo a que dicho arte debe aprenderse y enseñarse, sino también a que cualquier político y quien quiere llegar a serlo, como por ejemplo Calicles, debe ser capaz de indicar quién ha sido su maestro.

En relación al asunto de mostrar una obra que acredite al gobernante como competente: esta obra – por raro que nos parezca – consiste en poder señalar a quién se ha hecho moralmente mejor. Volveré con más detalle sobre este punto. El último ítem, la infalibilidad, consiste en que el estadista, precisamente por tener *una tékhnē* que se basa en conocimientos verdaderos e incorregibles, no se puede equivocar.

Ahora bien, ¿cumple el estadista real con estos requisitos? Adelante la respuesta: es un rotundo no. Y es un rotundo no por lo siguiente: la política real no es una *tékhnē* y su ejecutante, el gobernante, no es un experto, un maestro. No tiene conocimientos acerca de su campo, el de los valores morales; no sabe lo que es justo y bueno; tampoco sabe justificar sus procedimientos. La meta que persigue no es la apropiada; el político no tiene ningún entrenamiento profesional; no ha tenido maestros y por esto tampoco puede enseñar una obra de su competencia; él mismo suele ser

¹⁰ PLATÃO. *Gorgias*, 464c4.

injusto y no es infalible. Dicho brevemente: es, a todas luces, un individuo incompetente y de dudosa calidad moral.

Voy a ahondar ahora en lo anteriormente dicho. Si la política no es una *tékhnē* ni que tampoco se basa en conocimientos, ¿qué es? Es una *empeiria* que no conoce las reglas con las que opera y no sabe por qué algo debe suceder o no. Es un saber experimental que “...por rutina y experiencia guarda... un recuerdo de lo que suele suceder...”.¹¹ Es comparable a una actividad que opera con creencias que pueden ser verdaderas o falsas, razón por la cual carece de un fundamento seguro. El político no tiene conocimiento de los valores morales y cómo se debe llevar a cabo la política. No conoce lo bueno y lo justo, y tampoco sabe justificar sus procedimientos. Para poder justificar racionalmente la aplicación de determinado procedimiento, el gobernante debería poseer un conocimiento infalible del asunto que maneja, debería haber investigado la naturaleza de lo que tiene entre manos¹², lo cual no es el caso.

Se da en la obra la clara distinción entre conocimiento, *epistēme*, y creencia, *πίστις*¹³; la primera es necesariamente verdadera – no hay conocimientos falsos –, mientras que la segunda puede ser verdadera o falsa. El gobernante perfecto debe tener *epistēme*, conocimiento certero; el estadista común y corriente, por brillante que sea su actuación a los ojos del mundo, en el mejor de los casos tiene opiniones o creencias acerca de cómo se debe gobernar; estas opiniones o creencias, precisamente por ser opiniones o creencias, no pueden apelar al *status* de la *epistēme* que garantiza certeza.

El hecho de que la política real no es una *tékhnē* y que no se basa en conocimientos, da lugar que se hace mal uso de ella, ya que el gobernante, por no tener conocimiento de lo que debe hacer, busca el poder y adula al pueblo. Gorgias, en la primera de las tres conversaciones, concedió que el orador-político debe saber o aprender lo justo y lo injusto¹⁴; en todo caso, debe conocerlo; admitió también que el político que es conocedor de lo justo, tiene voluntad para llevarlo a cabo. Pero por lo general los gobernantes son injustos. Son varios los lugares en los cuales Platón menciona que los políticos suelen no ser justos. “...entre los poderosos (...) se encuentran (...) hombres extraordinariamente malvados”¹⁵; en 492b, señala que la preocupación del político por

¹¹ PLATÃO. *Gorgias*, 501a-b.

¹² Cf. PLATÃO. *Gorgias*, 501a.

¹³ Cf. PLATÃO. *Gorgias*, 454c-d.

¹⁴ Cf. PLATÃO. *Gorgias*, 460a.

¹⁵ PLATÃO. *Gorgias*, 525e-526a.

la justicia y la moderación parece ser más bien un obstáculo para la búsqueda del poder). Como caso concreto Platón se refiere a Arquelao, un individuo que nació como esclavo y llegó al trono de Macedonia por muchos crímenes, especialmente asesinatos. Podría fungir como prototipo del político como se da en la realidad¹⁶, pues no es el único que se comporta así para llegar al poder y detenerlo.¹⁷ También es justo decir que Platón no excluye completamente que pueda haber algún político bueno. El mismo menciona a Aristides “el justo” (como se verá más adelante, ejemplo no del todo feliz, pues Aristides fue víctima del ostracismo); lo que es más relevante es el hecho de que el mismo Platón va a construir en la *República* el gobernante capaz y bueno, con lo cual demuestra que sí cree en la posibilidad de políticos perfectos.

El cuarto punto es sumamente importante y tal vez acerque, más que los otros, a comprender que el político-orador es una caricatura del político verdadero. Es el punto que se refiere a la meta que debe tener la *tékhnē politiké*. Antes de entrar a exponer la relevancia de este tema, es preciso señalar que Platón, en el *Gorgias*, hace un uso amplio de la metáfora del médico, en el sentido de que, según él, el buen político debe ser comparable a un buen médico, que se ocupe tanto del bienestar del cuerpo como del alma de sus pacientes. Me interesa ahora más el aspecto del cuidado del alma, pues según Platón, el ser humano es representado más por su “alma” que por su cuerpo.

La tarea del buen médico del alma (“psiquiatra”) es de la cuidar de la salud del alma que es, a la luz de nuestro diálogo, la *bondad moral*. El gobernante-médico debe vigilar por la bondad de los ciudadanos, saber en qué consiste, conservarla y restablecerla si se ha perdido; esta tarea no siempre es agradable: las terapias curativas son dolorosas, tanto las destinadas al cuerpo como las que se dirigen al alma cuya bondad moral, una vez perdida, se puede recuperar con un castigo terapéutico. La concepción del estadista como médico no es común; es un concepto “revolucionario” y ciertamente no obvio; es fruto de una profunda reflexión platónica que empezó desde su juventud, como lo muestra la *VII Carta*.

A la vez que el buen estadista debe parecerse a un médico, debe también parecerse a un educador quien ve por la formación del alma. Resulta entonces que el buen estadista-médico-educador debería hacer todo lo posible para que los ciudadanos sean individuos moralmente buenos, que no tengan vicios o al

¹⁶ PLATÃO. *Gorgias*, 470d-471d.

¹⁷ Cf. PLATÃO. *Gorgias*, 479a.

menos, en la mínima medida. Las virtudes que los ciudadanos deberían poseer serían las ya mencionadas, a saber, justicia, moderación, contención, benevolencia, valentía. Al propiciar sus cuidados a los ciudadanos, el gobernante propiamente hablando también se parece a un buen pastor, como se dirá más adelante en el *Político*, retomando una metáfora de Homero.

Pero, ¿es todo esto el caso en la realidad? Obviamente no. Ningún político se ha preocupado de hacer moralmente buenos a sus gobernados, ni Temístocles, ni Cimón, ni Pericles ni tampoco Milciades, quienes, según Calicles, eran buenos políticos. Pericles, según Platón, no sólo no hizo nada para hacer mejores a los atenienses, sino que los hizo peores, a saber “...ociosos, cobardes, parlanchines y amantes del dinero...”.¹⁸ Lo que suele hacer el político en el poder, el político común y corriente, es llenar la ciudad “... de puertos, astilleros, muros, impuestos y de otras tonterías”¹⁹, y además, sin “moderación y justicia”.²⁰ El político normal está interesado en su propio bienestar, en satisfacer sus deseos y sobre todo en el poder. Al principio del diálogo, Gorgias lo manifestó así, al hablar de las cosas más grandes que, en última instancia, son concebidas como el poder. En efecto, Gorgias dice que la retórica, esto es, la política, se refiere a las cosas más grandes y mejores²¹; el máximo bien no resulta otra cosa sino el poder político. Cuando Sócrates le pregunta a Calicles²² si los políticos, en sus discursos, se fijan *pròs tò bèltiston*, esto es, si pretendem hacer moralmente mejores a los ciudadanos, éste debería contestar que no.

En cuanto a la meta de la política y del político, hay, pues, un abismo entre lo que hace el político y lo que debería hacer. Mientras el genuino político debería mirar por el bienestar real de los gobernados, ser un médico que busca el bien de los pacientes, no el propio, en otras palabras, ser un “servidor” del pueblo, en realidad no lo es, sino que se complace en el poder a la vez que complace al pueblo, con astilleros, muros y otras obras que impresionan; ello causa – al menos en un primer momento – el entusiasmo del pueblo quien cree que aquel que hace todo esto es un buen político. Pero no es así: la mejoría del *alma à la Platón* es cosa penosa y poco agradable. Nunca se ha visto un tipo de discursos político que quisiera mejorar a los ciudadanos. Este discurso sería justamente un discurso filosófico. Temístocles, Cimón, Milciades y Pericles

¹⁸ PLATÃO. *Gorgias*, 515e.

¹⁹ PLATÃO. *Gorgias*, 519a.

²⁰ PLATÃO. *Gorgias*, 519a.

²¹ Cf. PLATÃO. *Gorgias*, 452d.

²² Cf. PLATÃO. *Gorgias*, 502e.

(todos ya muertos) eran aduladores de su ciudad, no médicos. Esta “falsa” política sólo brinda bienestar aparente a los ciudadanos: en vez de educarlos moralmente, se les complace mediante discursos que presentan los muros y astilleros como algo importante.

En este contexto quisiera decir que en la actualidad se han preservado algunas ideas platónicas acerca de lo que debería ser tarea del estado. Mencionaré dos: por un lado se preserva el postulado platónico de que el político debería ser un servidor, esto es, que debería posponer sus propios intereses a favor de los del pueblo. Tan es así que en México un empleado del gobierno, al pedírsele en un formulario su profesión, suele indicar “servidor público” (lamentablemente no siempre lo es). Por otro lado, el estado es el encargado de la educación y de los servicios de salud, al menos parcialmente, lo cual demuestra que sí pretende cumplir con la función de “médico” y la de “educador”.

Quiero abordar ahora el punto (5) que se ocupa del entrenamiento que toda *tékhnē* requiere. Antes de empezar a ejercer cualquier profesión, hay que aprenderla. Esto también debe valer para el ejecutante de la *tékhnē politiké*. El aprendizaje de este arte está detalladamente expuesto en la *República*. Ahora bien, ¿puede Calicles demostrar que ha aprendido el arte político (de cuya aprendibilidad Platón obviamente ya está convencido, contrariamente al *Protágoras*, diálogo en el que aún tiene dudas acerca de ello)? ¿Quién era su maestro? Platón dedica una línea a exponer cómo se capacita un aprendiz en la construcción y en la arquitectura²³, pero el asunto del aprendizaje del arte político no queda claramente expuesto en el *Gorgias*, si bien se desprende que el político real llega al poder mediante una retórica de dudosa calidad, retórica que quiere convencer, independientemente de si aquello de lo que quiere convencer es verdadero o falso. En todo caso, no llega mediante un arte. Sabemos que el verdadero maestro sólo puede ser un filósofo que enseñe qué es bueno y malo, qué es lo que debe hacerse y qué no debe hacerse. El conocimiento del bien y del mal, lo procura solamente la filosofía. Solamente la vida y la política “...en la filosofía...”²⁴ pueden garantizar una política bien llevada y su aprendizaje. El modo de demostrar que se es capaz, queda empero, bien definido aunque difícilmente podríamos identificarnos con él: demostrar la capacidad política consiste en poder señalar a quién se ha hecho moralmente mejor. Sócrates, en relación con este punto, dice a Calicles:

²³ Cf. PLATÃO. *Gorgias*, 513e-514c.

²⁴ PLATÃO. *Gorgias*, 500c.

...ya que tú mismo hace poco empezaste a manejar os asuntos de la ciudad (...) ¿hay alguien que antes era malvado,²⁵ injusto, desenfrenado e inmoderado que por Calicles haya llegado a ser bello y bueno?

Hay que hacer hincapié que *esta* manera de mostrar capacidad política les resultó tan extraña a los atenienses de en quel entonces como resulta a nosotros en la actualidad. Sería en verdad curioso si un candidato a la presidencia presumiera con eventuales dotes de “mejorador” moral y que pudiera señalar que ha convertido a determinado ladrón en una persona honesta. Sin embargo, el postulado platónico no es del todo descabellado y vemos reminiscencias de ello: en las cárceles, que son iniciativa del gobierno, se intenta precisamente esto: la mejoría moral de los malhechores.

Pues bien, sólo si Calicles pudiera mostrar que haya hecho a alguien mejor de lo que era antes, sería un candidato serio al oficio del arte político. Pero ello no vale solamente para Calicles; vale para todos aquellos que quieren ser gobernantes. Y por supuesto, nadie puede señalar a quién ha hecho mejor; Ello significa que ningún político ha aprendido realmente la *tékhnē politiké*; en términos generales, ningún político es – todavía – un filósofo-rey.

Ahora quiero referirme al último punto que debe exhibir el político: su infalibilidad en materia de gobernar. Platón razona así: si Cimón hubiera sido un gobernante que realmente hubiera dominado el arte político, habría sido imposible que hubiera cometido un error al gobernar. Esto, los ciudadanos lo habrían notado. Empero, fue víctima del ostracismo²⁶, lo cual demuestra que fue un gobernante sin *tékhnē*. Tampoco los atenienses habrían acusado de hurto a Pericles²⁷, si éste hubiera sido competente. Este razonamiento es parecido al siguiente: un alumno resuelve falsamente el problema de cuánto es 3 por 3; muestra ignorancia, un simple descuido o una distracción, y a consecuencia de ello su maestro es considerado como totalmente incompetente y hasta se le despide.

En primer lugar, en ninguno de los casos podemos culpar necesariamente al maestro, sea al de matemáticas, sea al “maestro” en materia de política. En segundo lugar, el ejemplo del alumno es, en cuanto a su contenido, moralmente neutral, lo que no es el caso del estadista platónico que se las tiene que ver con una materia que nos es moralmente neutral. En este ejemplo se ve muy

²⁵ PLATÃO. *Gorgias*, 515a.

²⁶ Cf. PLATÃO. *Gorgias*, 516d.

²⁷ Cf. PLATÃO. *Gorgias*, 516a.

claramente la variante de la falacia naturalista, en el sentido de que Platón cree – y con mucha convicción – de que los valores morales mediante los cuales debe gobernar un político son tan cognoscibles y “verdaderos” como lo puede ser una tarea matemática. De ahí su idea de que Cimón, si hubiera conocido los valores correctos y los hubiera realizado, no habría sido rechazado por la gente, habría sido reconocido.

En resumidas cuentas, ni la política es una *téchne*, ni su ejecutante, el político común y corriente, es un conocedor. No sabe cómo son las cosas, sino que encontró una artimaña para persuadir a la gente como si supiera.²⁸ El político real lleva a cabo un simulacro de la política²⁹; es un pobre imitador que ni ve por el cuidado del alma, sino por el placer de la alma y por el poder propio. Calicles dice bien que se hace exactamente el contrario de lo que se debe y que “...la vida humana [está] volteada entre nosotros y, al parecer, hacemos todo lo contrario de lo que se debe”.³⁰ Los políticos no son médicos del alma, ni educadores, ni manejan la *téchne politiké*. Si hicieran todo esto, serían filósofos. En cambio, Sócrates, el filósofo, se exhibe a sí mismo como buen político quien respeta los valores que deberían ser respetados. Le pregunta a Calicles si él, Sócrates, al tratar la ciudad – esto es, como eventual político – debe hacer todo lo posible para que los ciudadanos lleguen a ser mejores³¹; en 521d leemos: “Creo que yo, junto con unos pocos atenienses (...) me ocupo del verdadero arte político y realizo los asuntos políticos *solo* entre los de ahora”.³² Aquí, mediante la figura de Sócrates, queda más claro aún que es el filósofo quien debe ser el verdadero político y que el político, tal como se da en realidad, en modo alguno se parece a Sócrates. El político “socrático” debe ir por el camino difícil de que, mediante una retórica barata, busca el poder.

No quiero terminar sin dirigir mi atención a otros tres puntos relacionados con lo anterior:

(1) ¿Qué sucede con la felicidad, la moralidad y bienaventuranza del alma? A la pregunta acerca de cómo se debe vivir, Sócrates había contestado: “...quien quiere ser feliz, debe (...) ejercer la moderación...”.³³ Aquí encontramos la teoría platónica – muy dudosa por cierto – de que la felicidad es una

²⁸ Cf. PLATÃO. *Gorgias*, 459b-c.

²⁹ Cf. PLATÃO. *Gorgias*, 463d.

³⁰ Cf. PLATÃO. *Gorgias*, 481c.

³¹ Cf. PLATÃO. *Gorgias*, 521a.

³² Subrayado mío.

³³ PLATÃO. *Gorgias*, 507c.

consecuencia de la moralidad. En un estado platónico ideal, donde se practican los valores morales que él considera que son los “correctos”, la gente sería feliz. En el estado real que critica, no lo es. Pero ello no es todo; puesto que Platón también es un pensador religioso quien cree que la bienaventuranza eterna depende de una conducta moralmente buena, resulta que los gobernantes comunes y corrientes, impiden, por su ignorancia, inmoralidad y falta de *tékhnē politiké*, su propia salvación del alma y la de los demás.

(2) Dado que los políticos por lo general son injustos, generan a su vez injusticia, tanto en los otros políticos como también – al menos muchas veces – en los demás ciudadanos.

(3) Si dentro de una sociedad “normal” hubiera un político que tratara de llevar su oficio tal como Platón lo pide, esta persona sería fácilmente sacrificada. Este es exactamente lo que le pasó a Sócrates (de ahí las frecuentes alusiones a su muerte³⁴) quien se considera político y quien es, a los ojos de Platón, un político como debería ser. Por ello, Platón está tan preocupado por construir una sociedad en la cual el político sea capaz sin que se le sacrifique. Esta sociedad será la *República*.

³⁴ Cf. PLATÃO. *Gorgias*, 521d, 486a-b, por ejemplo.